

Nuestro genial Lacunza fue un gran aficionado a la astronomía, y sus ideas en este campo son notables para la época en la que le tocó vivir, la segunda mitad del siglo XVIII. En el párrafo 442, del tercer tomo de "La venida del Mesías en gloria y majestad", el padre Lacunza expresa: "...estas estrellas luminosas por sí mismas, y tan distante la una de la otra como lo está el Sol de la más cercana, no pueden estar ociosas: esto es, no pueden gozar ellas solas inútilmente de su luz y calor".

El pensamiento de Manuel Lacunza es práctico. Porque nos impresiona la sabiduría de la naturaleza, como comúnmente calificamos la coherencia que advertimos en los actos de la Creación. Todo pareciera haber sido cuidadosamente planificado, nada queda entregado al azar, cada efecto responde a una causa bien determinada, los hechos se encadenan siguiendo una secuencia lógica, que sólo accidentalmente se rompe.

Agrega Lacunza en el párrafo 443: "...si cada estrella luminosa por sí misma no puede considerarse ociosa... luego cada estrella es un sistema solar y planetario, así como lo es ciertamente nuestro sol..."

¿Sería cuerdo suponer que los miles de millones de estrellas -100 mil a 200 mil millones únicamente en

Crónicas terrestres

Lacunza y los otros mundos



Por Hugo Correa

nuestra Vía Láctea- fueron puestos allí para prodigar su luz y calor en el vacío, sin provecho para nadie, excepto para adornar los cielos humanos? Aunque nuestros actuales conocimientos nos impiden responder en forma concreta esta interrogante, la lógica nos hace sopesarla con escepticismo.

Y prosigue Lacunza en el siguiente párrafo: "... esta luz y calor que cada estrella reparte libremente a otros cuerpos opacos y fríos... no puede parar solamente en los

cuerpos mismos inanimados: parece que debe alumbrar y calentar a criaturas vivas y animadas... y principalmente a criaturas racionales compuestas de cuerpo y espíritu, análogas al hombre..."

¿Estamos solos en el Universo? Nuestro antropocentrismo nos impulsa a creer que el Universo con su indescifrable tamaño, y sus billones de soles y galaxias, cada uno tan grande como nuestro sol o nuestra Vía Láctea, fueron puestos allí para nosotros, los míseros mortales. Pero Lacunza nos entrega una respuesta lógica: todo cuanto existe obedece a una necesidad imperiosa, derivada de los inescrutables designios del Supremo Hacedor. "En efecto, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién fue su consejero?", señala, citando a San Pablo (Rom. 11.34).

Lacunza no se pronuncia sobre la pluralidad de los mundos habitados. Pero la considera perfectamente posible. Y despeja de paso una duda que suele asaltar a quienes plantean la existencia de remotos planetas poblados por seres inteligentes: en ningún momento las Escrituras rechazan esta idea.

Al revés: de la lectura de muchos de sus textos se desprende lo contrario.